

¡AQUEL DÍA, EN AQUEL LUGAR!

Relato nº 2

AUCKLAND - NUEVA ZELANDA



Esta vez nos vamos “al otro lado”. Hagamos un agujero en Garrapinillos, profundicemos y -poco a poco-, lograremos salir al lugar referido en esta pequeña “croniquilla”: La silenciosa y tranquila, Auckland en Nueva Zelanda.

Andábamos por allí, vendiendo lo que podíamos, seis directores comerciales de otras tantas empresas españolas. Un pequeño viaje de 22 días que comenzó en Madrid y siguió por Londres, Singapur, Australia, Nueva Zelanda y vuelta.

En cada uno de esos lugares, surgieron momentos a recordar. Poco a poco -si aguantan los lectores y el bueno de Vicente-, los iré relatando. Esos y algunos más en otras partes del mundo.

Volvamos a aquel día. Sábado. Tres días antes habíamos aterrizado compartiendo asientos con turistas que se habían decidido por gozar de las playas del norte del País o esquiar en las montañas del sur. Así es este País, tan lejano como variado, para el turismo que recibe. En la zona de recogida de maletas, se mezclaban los bolsos deportivos, maletas o bártulos de pesca, con tablas de snow o de esquí.

Habíamos trabajado jueves y viernes visitando muchas empresas importadoras, las 4 chicas directivas, Jaime y yo. Esa mañana, paseamos todos por la playa de la capital observando las langostas que corrían por la orilla, cangrejos gigantes y -apurando un poco más la vista-, enormes “manchas” de langostinos que desaparecían ante nuestra presencia distante. Sorprendente para “no nativos” o habitantes de larga estancia.

A media mañana, entramos en un supermercado cercano al muelle y comprendimos el “por que” de tanto marisco y tan a mano. Promediando, el marisco a unas 200 pesetas el kilo “de entonces” -este viaje fue sobre el año 95. Más barato que el cordero. Esa carne andaba por las 220 pesetas. Las bebidas y comida en general, mas caro que en la España de entonces. Seguramente, ahora en el 2012, la misteriosa Nueva Zelanda será más barata. En realidad, casi todos los países son mas baratos que el nuestro y con sueldos mucho mas altos, pero eso se me va del relato, y de mi capacidad de comprensión.

Del “super”, al paseo principal. Recuerdo que entramos en la tienda insignia de los “All Blacks”, el mítico equipo de rugby, el deporte nacional con el softball. Al menos, eran los dos que aparecían en las portadas de los diarios deportivos de aquel día y siguientes. Impresionante comercio con “todo” lo que se podía desear de los fortachones hombres de negro. Algo parecido a lo que nuestro Real Zaragoza, debería de tener aquí, en el Paseo de la Independencia, pongo por ejemplo, pero eso también se me va de la historia y entra en la ciencia ficción. Es solo un ejemplo imposible.

A eso de las doce, nos sentamos a comer en una terraza de la avenida principal. La primera sensación fue que la cerveza estaba francamente buena. La segunda que, a pesar del tráfico y del ir y venir de las gentes, el silencio era casi total. Ni una voz más alta que otra, ni un ruido desagradable. Recuerdo que lo comentamos. Era una ciudad fantasma en cuanto a ruidos pero “hirviendo” esa mañana de sábado. Relajante sensación. De “vida” por un lado y de tranquilidad, por otra.

Las chicas habían quedado a las dos de la tarde, con el capitán de un pequeño velero que las llevaría -hasta la hora de la cena-, en un viaje “alucinante” que no acabó mal por poco. Esa experiencia y su “entrada triunfal” en el hall del hotel, mientras Jaime y yo nos “metíamos” un vino de la tierra en la barra del bar, queda para otro día.

Las cuatro se dirigieron al muelle. Las deseamos suerte -nuestro deseo tuvo que tener un efecto positivo, como ya leerán en otra ocasión-. Vimos como se ponían unos chubasqueros blancos con gorrito del mismo color y sus “saltitos” de alegría ante la expectativa de una tarde maravillosa y diferente.

Para ser sincero, “al otro” y a mi nos asustaban unas nubes plúmbneas que aparecían por el horizonte. Aquí, el que firma -que es de mar-, tiene un respeto

especial ante masas de agua salada -incluso ante masas de agua dulce-. Algo así como amor y respeto a la vez. O sea: que nos quedamos en tierra a pesar de la insistencia femenina.

Tres horas después y otros tantos cafés, los dos fuimos a coger un taxi que nos llevaría a un museo que “él” quería ver en su totalidad. Yo ya lo había visto, parcialmente, en un viaje anterior. Museo de recuerdos y formas de vida de los antiguos aborígenes. Interesante, pero no para echar cohetes.

Tras un corto viaje hacia las afueras de la Ciudad, Jaime entró en él, convencido de pasar un buen rato. Yo le comenté que le esperaba, una hora después, en la puerta principal. Desde la escalera de entrada al enorme edificio observé el entorno. A la izquierda, gran extensión de terreno con muchos campos donde practicaban los deportes comentados equipos mas o menos uniformados. A la derecha, un bosque subyugante. Ya me había impresionado, de lejos, una vez anterior. El museo quedaba en medio de la nada. Raramente para mí, lo habían construido entre los citados campos completamente llanos, -como es lógico-, sin un solo árbol, y una gran masa forestal con cierto desnivel.

Algo me dijo que me “metiese” en ella mas pronto que tarde. Pasé por la primera franja arbolada y, seguí por un sendero hasta llegar a una zona limpia rodeada de enormes árboles con troncos imposibles de abarcar por tres personas “a brazo abierto”. Las raíces -también enormes-, salían de la tierra para volver a ella una y otra vez. Silencio, silencio total...

Allí, parado en medio de un bosque, en el “culo” del mundo, sin un alma alrededor, viendo solamente árboles y más árboles, llegó ese instante que da nombre a estas crónicas. Pensé que si en ese momento, un impropio -obviamente, siempre lo es- ataque al corazón, acabase con mi vida, seguramente lo que quedase de mi cuerpo, lo encontrarían en una futura época de deshielo.

¿Quién me iba a encontrar en aquel lugar? No llegó a ser sudor frío, pero si una sensación de intranquilidad, de miedo, de desasosiego, de pavor -por segundos-, se apoderó de mi cuerpo y consiguió que volviese sobre mis pasos hasta llegar al ansiado lugar de la cita.

Fue una pena no disfrutar un poco mas de aquellos enormes árboles, prácticamente juntos. Las raíces de unos se mezclaban con las de sus compañeros. Menos mal que hice unas fotos. Si no llega a ser así, mis colegas, no se lo hubieran creído.

Ya tranquilo, pensé que no era para tanto. El sendero, seguramente, era mas que transitado por las gentes del lugar muy aficionadas a la practica del outdoor puro. ¡Anda que no había cadenas de tiendas de outdoor, montaña y esquí! Y las malas hierbas no existían. Árboles y más árboles, pero sin maleza.

Pero ya daba igual. El “momento” pasó y quedó en el recuerdo. Ni se lo comenté a Jaime. El tampoco me preguntó que había hecho esa hora. Ni tan siquiera el por qué de mi semblante pálido. Tampoco yo le dije si le había parecido bien la visita “a la antigua civilización”. Éramos compañeros, pero no amigos.

Cogimos otro taxi, llegamos al hotel, nos duchamos y bajamos al bar del hall donde se podía fumar, beber, ver la tromba de agua que estaba cayendo en el exterior y, por televisión, las cadenas locales e internacionales.

Una hora después aparecían las chicas, perfectamente uniformadas con sus chubasqueros blancos y “caladas” hasta su ropa interior, como nos comentaron un minuto después. Como he escrito, su aventura queda para otra ocasión. Entonces nos la contaron con “pelos y señales”, nerviosas, excitadas, mojadas y tranquilas ya en el enorme salón central

ALFREDO